

de un cetro colonial, teórica y prácticamente el más pesado de la tierra; capacitar á las numerosas poblaciones que la forman para establecer gobiernos de tendencias moderadas y adecuados á sus condiciones; abrir al mundo un comercio importantísimo, postrado por un monopolio opresor; apartar, una vez por todas, el único peligro serio á que estaba expuesta la Unión americana, la división del enorme territorio que se encontraba al sur de sus límites; cortar, como Hamilton decía, el *nudo gordiano* de los grandes destinos de la nación; parar el progreso de las doctrinas revolucionarias, que Francia propagaba á la sazón en aquellas regiones, y unir el hemisferio americano en una gran sociedad de intereses y de principios comunes, contra la corrupción, los vicios y las teorías nuevas de Europa; todos estos eran temas dignos del genio más grande, y Hamilton palpó claramente la importancia del movimiento. Creía que la empresa era de fácil realización, y que para llevarla á término serían suficientes diez mil hombres ayudados por los naturales oprimidos y por una marina competente. Esa fuerza habría bastado (así lo esperaba confiadamente), para que su nombre se designara por la posteridad agradecida con el título de *Libertador de la América Española*.»

II

En ejercicio de su cargo de vice-presidente de la república, Burr siguió presidiendo el senado, tocándole participar en el jurado del juez Chace, acusado de prevaricato y falta á sus deberes oficiales, y ora porque le corriera prisa de salir lo más pronto posible en busca de la aventura que tenía premeditada, ora porque le llegaran al alma las manifestaciones de desagrado que le hacían sus conciudadanos de New York y New Jersey, ¹ ello es que el sábado dos de marzo de 1806 se despidió de sus colegas los senadores y renunció su encargo, pronunciando en la ocasión un discurso tan elocuente, que *El Federalista* de Washington escribió que «la asam-

¹ Carta de Burr á su yerno Joseph Alston, fecha 22 de marzo de 1805. Habla en ella con dolorosa ironía de que en New York se le había declarado exento de los derechos de ciudadanía y de que sus paisanos de New Jersey trataban de ahorcarlo en efigie.

blea entera había llorado, no siendo poderosos los senadores para reprimir sus lágrimas, pues más de media hora transcurrió antes de que llegaran á recobrase lo necesario para poder elegir un vice-presidente temporal.»

Burr parecía muerto políticamente; pero él creyó que aquel letargo no era sino el preludio de una nueva vida, y satisfecho y seguro salió para el oeste con la intención aparente de pasar allá la primavera, pero, en definitiva, resuelto á intentar la conquista de México.

Este pensamiento ciertamente que no era nuevo para Burr: por el año de 1796, ¹ siendo John Jay gobernador de New York, el coronel Burr tuvo con él ciertas pláticas reservadas acerca de tal asunto. Burr expresó en aquellas ocasiones su opinión sobre la América española, que, en su concepto, podría ser fácilmente ocupada después de introducirse en ella la propaganda revolucionaria. Contestó Jay que precisamente lo atrevido de la idea podía ser parte para el logro completo de ella, pues en verdad que no le parecía impracticable; y desde entonces, hasta 1805, el ambicioso Burr no dejó un instante de pensar en la manera de llevar á cabo propósito tan arriesgado como peregrino.

Y en verdad que las circunstancias eran como mandadas hacer para la realización del intento: los Estados Unidos acababan de adquirir la Luisiana, y aquel traspaso, que señaló especialmente la administración de Jefferson, aumentó, si cabe, en los hombres del oeste, que se sentían más que nunca impulsados por su prurito de aventuras, el afán de poseer tierras. Y como si quisiera azuzarlos, impacientándolos, España dictaba cada día disposiciones más y más restrictivas en lo que á sus dominios tocaba. En 9 de enero de 1804 el comandante general de las Provincias Internas, don Nemesio Salcedo, ordenaba al gobernador don Antonio Cordero que no permitiera á persona nacida la entrada á Nueva España, pues los emigrantes sólo llevaban por objeto maquinan contra los dominios de S. M. C. ² El mismo Salcedo llegó á tal extremo, que en oc-

¹ Davis, *Memoirs of Aaron Burr*, tom. II, cap. XX, p. 376.

² *The Aaron Burr Conspiracy* by Walter Flavius Mc. Caleb, exquisito estudio que está basado en datos irrecusables y en fuentes antes no explotadas, y que me ha servido en gran manera para el conocimiento de lo que constituye la verdadera conjuración de Burr y sus trabajos respecto á México. Puede asegurarse con verdad, que antes del libro del Dr. Mc. Caleb, todo era tinieblas y confusión en esta materia, y que las ha venido á disipar el eruditísimo trabajo del historiador. A menudo citaré á Mr. Mc. Caleb, pues difícil sería decir las cosas con más tino y con más doctrina que los que él emplea.

tubre de 1805 se quejó á Iturrigaray contra la expedición de Lewis y Clark, que socapa, decía Salcedo, de descubrir las fuentes del Missouri, trataba en realidad de soliviantar á los indios aliados del Rey. ¹

En concepto de los empleados españoles, los Estados Unidos sólo se ocupaban en sustraer las naciones indias de la dependencia de España; para cuyo efecto fortificarían pronto el puerto de Natchitoches, hallándose ya en ese lugar las compañías americanas que se esperaban para guarnición. ²

Empeoró las cosas, si cabe, la ruptura de las negociaciones intentadas por los americanos para fijar los límites de la Luisiana conforme á sus ideas. En 24 de mayo de 1806 Fray Francisco Gil comunicaba á Iturrigaray que tomara todas las disposiciones necesarias para evitar cualquier atentado por parte de los americanos «pues han ya sido recibidos en audiencia de despedida los dos plenipotenciarios americanos, don Jaime Monroe y Mr. Pinkney.» ³

Más cundió la alarma al saberse que comisionados del Gobierno de Washington habían hecho interrogar á los habitantes de Natchitoches acerca de si podían contar con ellos en el caso de una guerra contra España. En el mismo despacho se daba cuenta de la salida de una expedición de veinte hombres destinada á abrir un camino hasta el Illinois; expedición que se pensaba aumentar hasta el número de mil exploradores, que ganarían tres pesos diarios cada uno. ⁴

Las incursiones hacia el oeste desconocido iban creciendo en número é importancia. Irujo comunicaba que la comisión nombrada por el gobierno americano para explorar el Missouri había llegado á esta (¿Washington?) en noviembre de 1806 «atravesando por tierra 340 millas desde las márgenes de dicho río, habiendo vuelto á embarcarse en otro llamado Koskooske, brazo del Columbia, bajando todo este afluente y reconociendo el Océano Pacífico hasta la desembocadura.»

El marqués proponía que se formaran establecimientos en las márgenes del Columbia, «pues mucho abunda la caza en tales territorios y pueden exportarse las pieles á Filipinas, á cuyo efecto los

¹ Ib., pág. 12.

² M. SS. ARCHIVO NACIONAL. *Provincias internas*. Tomo 239, pp. 66 y 72.

³ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. *Reales cédulas*. Tomo 193, pza. núm. 137, p. 284.

⁴ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Cordero á Salcedo, Bexar, 23 de noviembre de 1805. *Provincias internas*, tomo 239, pp. 74 y 76.

naturales de estas islas ó la Compañía Mercantil organizarán el comercio con los naturales.» ¹

Los americanos se internaban en dominios españoles reconociendo el curso del Colorado hasta su origen, y los súbditos de Carlos IV se limitaban á «patrullar el terreno en question para.... impedir que se hagan establecimientos en él.» ²

Hacía pública propaganda de sus doctrinas una junta llamada *Mexican Association* ó *Spanish Association*, la cual, con el pretexto de obtener datos y noticias acerca de las cosas del sur de los Estados Unidos, en realidad se ocupaba en dar á conocer las ideas nuevas entre los colonos españoles.

Cierto que se había obtenido la cesión de Luisiana y que con eso había terminado por el momento la causa de cualquier disputa, pero ¿cuáles eran, por el oriente, los límites de la provincia que había enajenado Napoleón? ¿Llegaban á Iverbille ó al Perdido? ¿Y por el oeste? ¿Se debía entender que el lindero se extendía hasta el Arroyo Hondo, hasta el Sabina ó hasta el Río Grande? ³

Más á donde quiera que llegaran tales aledaños, había otra causa para que los occidentales consideraran la obra incompleta: los aborrecidos *dones* poseían casi todo el curso del Padre de las Aguas, los barcos de la gente del oeste no podían, sin pagar onerosísimas gabelas, pasar del límite que habían marcado los poseedores del gran río, y no era posible consentir, sin mengua de la honra, dejar tierras fértiles y enormes fuentes de riqueza en manos que no habían de explotarlas. «Estos republicanos, escribía en enero de 1805 á Iturrigaray el obispo del Nuevo Reino de León, se consideran dueños de toda la tierra hasta el Río Grande.»

Y la verdad es que ni estaba el virreinato apercebido para la defensa, y que en México no se conocía siquiera la extensión de los recursos de que, en caso ofrecido, podían disponer los enemigos. Hombres determinados, valientes, hechos á todas las fatigas, conocedores del terreno, filibusteros sin escrúpulos y capaces de acometer las más locas empresas con tal que para ejecutarlas sólo se requirieran arrestos, bríos y perseverancia, aquellos *pionieers* no habían de prescindir fácilmente de su empeño, que se complacían en cubrir con colorido humanitario y civilizador.

«Si sobreviene una guerra, escribía Bradford, el director de la

¹ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Iturrigaray á Cevallos, 20 de enero de 1807.

² M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Cevallos, por acuerdo de Godoy, el príncipe generalísimo, 24 de marzo de 1807.

³ Mc. Caleb, p. 10.

Orleans Gazette (24 de mayo de 1805), si sobreviene una guerra, España tiene todas las probabilidades de perderla y ninguna de ganar... Por el oeste caerán en nuestras manos las Floridas, y por el suroeste Nuevo México con sus incontables riquezas: no tienen, en verdad, manera de oponerse á la invasión... Nos dará esta guerra la llave de la parte sur del continente; y los soldados de la libertad, movidos por el fuego del 76 y por el genio de Washington, marcharán al combate, no para traer botín, sino para vengar los agravios hechos á su país y dar libertad á un nuevo mundo. La sangre inocente de los naturales, que tan pródigamente derramaron los crudelísimos Cortés y Pizarro, clama venganza todavía, y por ella desenvainarán la espada homicida los descendientes de Moctezuma y de Manco Capac... tan pronto como se acerque el ejército salvador... De este modo, bastarán diez y ocho meses para que dos continentes queden sujetos al dominio de nuestras leyes.»

Al leer esto, se ocurre preguntar por qué tan generosas disposiciones no se aplicaban á la emancipación de los pobres negros, que estaban á la vista de los declamadores, y que quizás eran propiedad de los que tan generosamente deseaban libertar á gentes que nada les tocaban: hay que sospechar que esa filantropía sólo era el tapujo de apetitos menos puros y altruistas, ó que, por lo menos, como escribe el discreto Mc. Caleb, estaba mezclada en gran proporción con la concupiscencia de adquirir lo que poseía un soberano cuyas posesiones se codiciaban.

Cuando Burr llegó á Nueva Orleans, su situación era muy distinta que en el este. Mirábasele allí como al duelista afortunado, como el héroe de cien combates sangrientos y de cien luchas amorosas, como el político hábil y osado que se había opuesto bravamente á los hombres de la situación, y como el abogado diestro en las artimañas legales y en los recursos de la curia. Recíbesele con los brazos abiertos, danse comidas y fiestas en su honor y en ellas se habla sin recato de la salvación de la gente de raza española del *yugo ominoso* que la oprimía.

Trescientos eran al menos, los miembros de la *Asociación mexicana*; pero la ciudad entera, según dice el historiador Adams, simpatizaba con los conjurados y sin reserva se ponía de su parte; el secreto de la conquista de México no sólo se escribía en los papeles públicos, sino que andaba en todas las bocas considerándose la cosa más sencilla y natural del mundo.

Pertenecían á la Asociación John Walkins, jefe político de Nueva Orleans, y James Workman, magistrado del Tribunal. Daniel

Clark conocía el proyecto en todos sus pormenores y se había comprometido á anticipar cincuenta mil pesos para el logro de la obra. ¹

Este mismo Clark había estado en México en dos ocasiones distintas, celebrando conferencias con los oficiales de los regimientos de Nueva España y obteniendo la seguridad de la cooperación de éstos. También se había consultado al obispo católico de Nueva Orleans, y estaba listo para promover lo que fuera necesario. S. S. Ilma. designó á tres sacerdotes jesuitas como agentes muy apropiados para el trabajo, y se les empleó conforme á lo propuesto. El obispo era hombre muy culto é inteligente, había vivido en México y solía hablar con suma libertad del disgusto que reinaba entre el clero hispano americano.

De paso diré que era condición indispensable para la ayuda de los clérigos, que no se había de causar molestia ninguna á los institutos religiosos. También estaba en el secreto Madame Javier Tarejón, superiora del convento de Ursulinas de Nueva Orleans, que mandó á México algunas monjas de su religión. A reserva de las decisiones que se tomaron posteriormente, el desembarco debía efectuarse en Tampico. ²

Ya Burr tenía noticias de la mala voluntad de los clérigos hacia el gobierno, y ya sabía que si les conservaba intactas sus posesiones, los sacerdotes quedarían neutrales. Contaba, además, el nuevo Cortés, con las promesas de ciertos jefes de milicias españolas, para unírsele en masa tan pronto como apareciera en Texas, al frente de un regular cuerpo de tropas. ³

Esta participación de los eclesiásticos en el movimiento, no debe de haber sido mera invención de Burr. En 12 de mayo de 1806, el intendente Morales escribía desde Panzacola al virrey Iturrigaray: «Existe en Nueva Orleans un grupo considerable cuyo fin es revolucionar el reino de México; y en verdad que las condiciones de la frontera se prestan á maravilla para tal intento.» Hace saber luego que tenía noticias fidedignas de que se propagaba la revolución por medio de escritos y emisarios que circulaban de un extremo á otro del país. Había en el complot muchos eclesiásticos, y muchos súbditos habían sido ganados á las nuevas ideas. ⁴ Burr aseguraba que podía contar con muchos amigos en territorio es-

¹ Davis, *Memoirs of Aaron Burr*, II, p. 381-382.

² Davis, *Memoirs of Aaron Burr*, loc. cit.

³ Parton, *Life of Aaron Burr*, II, p. 58, 59.

⁴ Mc. Caleb, op. cit., p. 64.

pañol; *que no menos de dos mil sacerdotes católicos* estaban en el secreto y que á ellos se unirían todos los paniaguados de éstos.¹

Los recursos de Burr eran muy escasos: ciento treinta hombres, según el autor de las *Memorias*, pero tenía la seguridad de aumentarlos en proporción grandísima aprovechándose del entusiasmo reinante. El general Andrew Jackson se había ofrecido á reunírsele, acompañándolo con toda su división; «Adair no iría en persona, pero alistaría un respetable contingente.»² Se le habían incorporado también veintisiete jóvenes de las principales familias de Pittsburg, algunos de ellos con el consentimiento de sus padres y debido á la influencia del general Neville.³ Miles de aventureros estaban prontos á alistarse bajo las banderas del jefe popular....

El pretexto ostensible para empezar la aventura filibustera consistía en lo siguiente: el gobierno español había donado un millón doscientos mil acres de tierra en la Washita ó Cuachita, región situada en la parte sur de Oklahoma, regada por el río de su nombre y capaz de comunicarse fácilmente con el Mississippi. El coronel Lynch había comprado las seis décimas partes de la concesión en cantidad de cien mil pesos, que no había podido pagar íntegramente, si bien la tierra estaba poblándose ya con rapidez. La mitad de los derechos de Lynch pasó á Burr por cincuenta mil pesos, de los cuales no había dado el adquirente más que cinco mil pesos al contado, si bien interesando en el asunto á muchos de sus amigos y partidarios, de los mismos que Hamilton llamaba mirmidones de Burr.⁴

El astuto coronel pensó que la situación de su heredad lo favorecía en extremo para su proyectada conquista, pues no sólo podía servirle de refugio en caso de un descalabro, sino aprovecharle grandemente para intentar un golpe de mano contra México, y para justificar la actitud de colonizador que pensaba asumir, pues la concesión avecindaba Kansas, Colorado, el Territorio indio, Nuevo México y Texas.

1 Mc. Caleb, op. cit., p. 90.

2 Jenkinson, *Aaron Burr*, p. 350.

3 Mc. Caleb, op. cit., p. 81.

4 Davis, *Memoirs of Burr*, II, p. 380.

III

Pero no se limitó la diligencia de Burr á procurarse amigos y valedores que le ayudaran con su persona ó con su dinero; recurrió, además, á otro arbitrio que se le figuró el más agudo y discreto que podía pensar conspirador alguno, y fué hacer que lo ayudaran á su empresa y la costearan con su dinero los mismos que iban á ser perjudicados con ella.

En 29 de marzo de 1805 le decía á Lord Harrowby el ministro inglés, Antony Merry, acreditado ante el gobierno de los Estados Unidos: «Mr. Burr . . . me ha asegurado que los habitantes de la Luisiana parecen dispuestos á independerse de los Estados Unidos, y que sólo se han detenido en la ejecución de su buen deseo por la dificultad de obtener de alguna potencia extranjera la ayuda que han menester á fin de concertarse con los demás vecinos de los estados occidentales, que deben, al cabo, de tener algún influjo sobre ellos por causa de los ríos que los comunican con el Mississippi. . . . Mr. Burr . . . me ha asegurado que no obstante que casi todos los habitantes de la Luisiana son de origen francés ó español. . . . por clarísimas razones prefieren la ayuda de la Gran Bretaña á la de Francia; pero que si el gobierno de S. M. no juzga conveniente escuchar su propuesta, se dirigirán á Francia, la cual, por circunstancias especiales que se reservan, estará pronta á auxiliarlos del modo más cabal. . . .»

Continúa el ministro dando á conocer la buena voluntad de Burr para enviar, si es preciso, comisionado suficientemente instruído que trate el asunto en Londres, y declara así la parte substancial de las propuestas.² «Por lo que á auxilio militar se refiere, dice que les bastarán dos ó tres fragatas é igual número de navíos pequeños que se estacionen en la desembocadura del Mississippi para impedir los bloqueen las fuerzas que envían los Estados Unidos, y para mantener expeditas las comunicaciones con el Océano. Es todo lo que necesitan. Por lo que á dineros se

1 Mc. Caleb, op. cit., p. 20.

2 Mc. Caleb, op. cit., p. 23.